

el aumento constante de residuos vertidos en ellas. Algunos ejemplos, sin citar cifras, que a escala mundial hay que usar como unidad la tonelada. Pensemos en las cantidades crecientes de monóxido de carbono, gas letal y silencioso, que desplaza el oxígeno de la hemoglobina y que se produce con las combustiones, desde la de un cigarrillo hasta las fábricas de carbón de cock, pasando por los gases caseros y los expulsados por los millones de automóviles circulantes, que crecen en número de modo pavoroso. Y en el dióxido de azufre. O el plomo, que en forma de tetraetilo se añade a las gasolinas super para hacerlas más detonantes, y que en algunas zonas de muchas ciudades alcanzan inquietantes niveles de envenenamiento. Añadamos el aumento del consumo de oxígeno de los motores de explosión de los automóviles, y lo que es peor, de los enjambres de aviones que a todas horas cruzan los aires del mundo entero, que en los grandes, tipo Concorde o Jumbo, alcanzan cifras terroríficas. Los aviones que despegan de cada aeropuerto importante, consumen más O₂ que todos los habitantes juntos de una gran ciudad, en la que por otra parte, el aumento de su espacio habitado suele ir acompañado por la reducción de sus espacios verdes. Los residuos industriales que se vierten en los ríos «que van a dar a la mar», y los vertidos directamente en los mares, van atacando sus faunas y vegetación, destruyendo masivamente los recursos alimenticios que poseen. La pesca marina va disminuyendo masivamente los recursos alimenticios que poseen. La pesca mari-

na va disminuyendo progresivamente, en un 6 por 100 anual por la propia pesca y en un 20 por 100 por los tóxicos que van a parar a los mares, que se calculan en millones de toneladas. Y nada digamos de los pesticidas y herbicidas, del mercurio y de los productos tóxicos o radiactivos que periódicamente se sepultan en el mar con toda clase de garantías para que no puedan salir de sus herméticos encierros de seguridad, pero que nadie nos garantiza del todo que un día no rompan su encierro. Y no hablemos de las pruebas atómicas, ni siquiera pensemos en una hecatombe nuclear.

¿Qué pensar de este desarrollo que a veces se nos representa como una pavorosa carrera del hombre, de la Humanidad, hacia su autodestrucción?

La futurología científica, ciencia relativamente moderna, cada vez con más fuerza y mayor dramatismo llama la atención sobre los evidentes peligros que nos acechan. Y los sabios de todo el mundo, individual o colectivamente, opinan sobre el porvenir en virtud de los datos que manejan y que les permiten hacer predicciones más o menos certeras, actuando sobre sus ideas y temperamentos, lo que nos sirve para que les clasifiquemos sin dificultad en dos grandes grupos: los pesimistas, que llegan al anuncio de la irremediable y catastrófica desaparición de la Humanidad a breve plazo por la suma de los factores señalados (que no son todos, ni mucho menos), y los optimistas, que confían en la sensatez de los hombres, en su instinto de conservación y en que la inteligencia de muchos y el pro-

pio desarrollo vayan creando Institutos de Futurología que hagan una síntesis de conocimientos de las distintas ramas del saber (ya existen unos cuantos). Academias Científicas Internacionales que estudien a fondo las enfermedades de la civilización y que aunando sus esfuerzos permitan atajar los gravísimos peligros que nos acechan y logren hacer compatible el progreso con la conservación y aumento de nuestros recursos y la protección de la naturaleza. No dudemos de que se impondrán estos y sabrán desterrar la miseria y la guerra, lograrán que las juventudes recobren el optimismo propio de su edad abandonando su escepticismo y sus lacras (drogas, erotismo, pereza), que a escala mundial las van corroyendo, reconquistando la alegría y la esperanza, la limpieza de cuerpo y espíritu, el ímpetu y el sentido del porvenir; y que los de todas las edades, más culpables que los jóvenes enderezarán el rumbo que nos conduzca a donde deseamos. Yo me apunto sin duda con este segundo grupo de esperanzados y confío en que saldrá vencedor. Mientras, desde nuestro pequeño rincón de 20.000 Kms², nos iremos conformando con nuestro queso y nuestro vino, el pan y el aceite, ahora los melones y lo que vaya cayendo por ahí y con el aire puro de nuestros campos, pensando que si nuestro desarrollo no alcanza a ser todo lo alto y lo rápido que nuestra ambición desea, seríamos de los que si vienen mal dadas tardásemos más en ser alcanzados por la destrucción y nos daría tiempo para prepararnos a recibirla confiando en la última esperanza: la sobrenatural. Y que sea lo que Dios quiera.